

JOSÉ ARNALDO MARQUEZ

La reputacion literaria de este poeta está fuera de toda discusion.

Es imposible no admirar su rica versificacion, su fácil y elegante lenguaje, su brillante fantasia.

Márquez escribe con una facilidad sorprendente.

En 1862, dió á luz una pequeña coleccion de poesias con el titulo de *Notas perdidas* y el poema *La humanidad*.

En 1866, *El Perú y la España moderna*, obra de gran mérito, y *Recuerdo de un viaje á los Estados Unidos de América*.

Oficial de ejército de su pays, ha alcanzado el grado de sargento mayor.

Ha sido cónsul del Perú en Vera-Cruz y San Francisco, cónsul general en Centro-América y Nueva York, y secretario privado del Presidente de la República, general Echeñique.

Proscrito en diversas ocasiones, ha viajado mucho con gran provecho.

Márquez tiene adquirida ya una reputacion, bien merecida por cierto, de gran poeta lirico.

MI POESÍA

¡No hay duda : es mi destino ! El cielo quiso
Que yo tambien creara esa armonia,
Vestigio de un remoto paraiso,
Que llama el universo *poesia*.
Fuera de ella mi espíritu indeciso
Se agita en una atmósfera vacía
Donde no encuentra ni una luz siquiera
Que alumbre y guie su fugaz carrera.

Todo en el mundo para mi es un canto,
Todo en la vida es para mi un acento,
Que hablan de un ser incomprensible y santo
Que no puedo mirar, pero que siento.
El orbe lo saluda, y entretanto,
Le habla la vida con su gran lamento ;
Y entrambas voces que á la par se elevan
Un mismo nombre al infinito llevan.

El mundo le conoce y le bendice
Con su lenguaje misterioso y mudo ;
Y un astro al otro, un cielo al otro dice
Cuánto ese nombre soberano pudo :
Y el hombre, en tantas dichas infelice,
Cuando amparado bajo el doble escudo
De su impotencia, le provoca impune,
Su ser confiesa y á los orbes se une.

Ese gran nombre es Dios : luz infinita
Que todo lo circunda en su reflejo :

Palabra eterna en donde quiera escrita :
Ser de quien es la inmensidad espejo.
El alma del poeta le medita,
Le habla su corazon, y ante el cortejo
De aquel distante y apacible coro
Sus cantos une á las estrellas de oro.

Dios es amor, y amor es hermosura,
Y hermosura y amor la poesia ;
La fuente es esa inextinguible y pura
De la que es una gota el alma mia.
Por eso en ella sin cesar murmura
Secreta y voluptuosa melodia,
Y el cielo en sus instintos se refleja
Como en la gota que el rocío deja.

Entre el ruidoso desigual tumulto
Con que la inquieta multitud se afana,
Yo siempre vivo en un santuario oculto
Donde el amor en el misterio mana.
Ese asilo de paz, donde sepulto
De lo presente la memoria vana,
Es de mis playas áridas el puerto,
Es mi gruta escondida en el desierto.

Ese asilo eres tú, sueño divino,
Celestial ilusion de lo futuro,
Nube de fuego que abres el camino
Del bardo errante en el desierto oscuro

Gérmén fecundo, impulso del destino,
Que le desprende de un presente impuro
Para mostrarle en los futuros días
Grandes y majestuosas armonías :

Tú vienes como una águila del cielo
Y ases su pensamiento y lo levantas,
Y lo arrebatas en sublime vuelo
De la verdad, á las alturas santas;
Desgarras á sus ojos todo velo,
Y profetizas por su voz, y cantas,
Y el eco de esos cantos como un trueno
Rueda de las edades en el seno.

Yo te he sentido, inspiracion ardiente,
Bullir en mí desde la edad primera :
Y desde entonces se inclinó mi frente
Bajo tu peso, pálida y severa,
Pensativa y adusta, aunque inocente,
Presa de ensueños y de afanes era
En esa bella edad el alma mía,
La aurora de una larga poesia.

Yo amaba el horizonte y sus colinas,
La luz, el cielo, las ligeras aves,
Las gotas de la lluvia cristalinas,
Las bellas flores de perfumes suaves,
Las cumbres de los montes diamantinas,
Del hondo mar las armonías graves,
La blanca luna en la mitad del cielo
Mis sueños mil y su brillante vuelo.

Yo sentía el lenguaje misterioso
Que hablan todo lo bello y lo escondido,
Y ante los ojos de mi instinto ansioso
No había un ser sin alma, ni sonido.
La flor, el árbol, el torrente undoso,
La cumbre helada, el mar embravecido,
La tierra, el majestuoso firmamento,
Todo enviaba á mi espíritu tu acento.

En esas vagas músicas secretas
Que así como una red ciñen al mundo,
Las emociones de mi ser inquietas
Se convertían en un bien profundo;
El habla musical de los poetas
Sorprendí en su concierto vagabundo,
Y aprendí de los astros y las flores
Y hablar de Dios y á suspirar amores.

Ninguna voz humana alzó su acento
Para enseñarme ese risueño idioma,
Túnica que engalana el pensamiento
Y envía al corazón plácido aroma :
Lo aprendí como el ave y como el viento,
Como la fuente que en la yerba asoma,
Y ese dulce lenguaje fué á mi infancia
Lo que al lirio silvestre su fragancia.

Ese amor que mi espíritu alimenta
Y esa blanda, espontánea melodía
Son el aire vital que me sustenta,
La savia son de la existencia mía.
Yo de la tierra que ante mí se ostenta
Nada poseo : mi sepulcro un día
Se cavará tal vez en campo ajeno ;
Pero, tengo un laud de cantos lleno.

Lo recibí de Dios : él es la herencia
Con que su mano enriqueció mi cuna
Cuando al límpido azul de mi conciencia
Dió de los sueños la amorosa luna.
¡ Amor, íntimo amor, tú eres mi ciencia
Y tú, lira armoniosa, mi fortuna !
Y pues de Dios venís, sed en mis manos
El intérprete fiel de sus arcanos.

¡ Si ! mi destino es ese. En dulce canto
Brindemos á los hombres el consuelo,
Olvido á su dolor, tregua á su llanto,
Y una esperanza en la que ahogar su duelo.
Su inquietud, su vacío y su quebranto
Calmarás tú, blanca vestal del cielo,
Poesía del bien y los amores,
¡ Mas bella que los astros y las flores !

Tú verterás al corazón sediento
Las gotas de tu mágico rocío :
Le enseñarás la calma y el contento
Léjos del ambicioso desvarío :
La dicha en el poder del sentimiento,
En el torpe interés ansia y hastío,
Y el alma al egoísmo abandonada
Vivir sumida en una nueva nada.

Quizá al impulso de tu voz serena
Un corazón se apartará del crimen ;
Quizá alguna alma de egoísmo llena
Por tí se acordará de los que gimen :
Quizá algún día, rota la cadena
Con que al débil los déspotas oprimen,
El pueblo alzando hácia tu luz las manos
Perdonará en su triunfo á los tiranos.

Porque la fibra indestructible y santa
Que la imagen de Dios conserva al hombre,
Jamás sucumbe : vibra y se levanta
De la piedad y la justicia al nombre.
No : la fuerza del mal ya no me espanta,
Ni hay cosa en sus tinieblas que me asombre
Mientras que Dios en su piedad permita
Que esté su imagen en el hombre escrita !

¿Cuál es el corazón, cuál es el alma,
Que no ama algo en el mundo ? ¿Quién respira,
Que por un porvenir de dicha y calma
Con angustioso anhelo no suspira ?

El oro, el sόlo del poder, la palma
De los deleites, son la eterna pira
Cuya lúcida llama tentadora
Las alas del espíritu devora.

¡ Ah ! díles, tú, que ese delirio extraño
Es el camino de un fatal tormento :
Que sus garras de acero el desengaño
Tiene en acecho allí cada momento ;
Que solo y triste el corazón uraño
Gime de amor y de ilusion sediento,
Y con su propio ser el hombre lidia
Y el alma exhausta á la materia envidia.

¡ Si ! que al gemido popular responda
La voz de los que pasan por felices,
Para que el pobre vea allí cuán honda
La desventura interna sus raíces !
Fuerza es que el infortunio corresponda
De ese error á los pérfidos matices,
Y que si el alma del amor se aleja
Sea una amarga, interminable queja.

¡ Oh sí ! Pulsemos esa fibra santa,
Ese gérmen de amor que nunca muere :
Sea la voz que en mis endechas canta
Bálsamo que al espíritu se adhiere ;
Y pues el hombre entre tiniebla tanta
Y en las espinas del dolor se hiere,
Sé, poesia, tú, luz de su senda,
Y de su viaje hospitalaria tienda.

Solo enseñando á amar puede tu acento,
Ganar del alma indócil la confianza
Y arrastrar á la dicha el pensamiento :
Amor es tu mision, fé y esperanza.
No es un poco de música, ó de viento,
Lo que te hace pesar en la balanza
Siempre oscilante de la humana vida,
En el fiel de la duda suspendida.

No ! lo que te hace subyugar la mente
Solo es el bien que tu armonía esconde :
La llama del amor amor pura y ardiente
Que á la sed del espíritu responde.
¿Cuál es el corazón que no la siente ?
Desde la cuna hasta el sepulcro ¿ Adónde
Reposa el alma de ese grande anhelo,
Indestructible brújula del cielo ?

Siempre ella vive, y siempre tus cantares
Hallan un eco en el linaje humano :
El marinero en medio de los mares,
En su palacio regio el soberano,
El pueblo arrodillado en los altares,
El viajero en los bosques, en el llano

El labrador que el largo surco labra,
Todos, todos repiten tu palabra.

De tus cantos el son arrulla al niño
Que en el regazo maternal reposa :
Y en él traduce su fugaz cariño
La juventud ardiente y bulliciosa ;
Y el anciano en el yerto desaliño
Con que se arrastra á la cercana fosa,
Cuando escucha tus cánticos suspira
¡ Y á su pasado y á los cielos mira !

Léjos de tí la lira profanada
Que diviniza á un vencedor sangriento,
Vil cortesana al despotismo aliada,
Cómplice del humano abatimiento !
Léjos de tí la musa de la Iliada
Que al forjar á la guerra un monumento,
Prostituyendo tu poder fecundo
Ayudó á dar otro tirano al mundo..

Proscribe el odio tú.... de la venganza
Caiga á tus piés el arma conmovida :
Tu dulce voz y tu armonía lanza
Á conciliar la tierra dividida.
Armada de consuelo y esperanza
Lleva tu carro al campo de la vida,
Y sus ruedas de luz hollando al crimen
Te contemplen y te amen los que gimen

Quiero cumplir esa mision. Bien clara
La presenta á mis ojos la existencia ;
Y aunque de fuerza y esplendor avara
Mi inspiracion es una pobre herencia,
Yo siento que la impele y la repara
El sincero clamor de mi conciencia
Que indiferente á un fugitivo nombre
Cumple, me dice, tu destino de hombre.

Yo solo tengo ensueños y memorias
Que oscuro, pobre y solitario soy ;
Y al daros mis endechas transitorias
De amor y sueños, cuanto tengo os doy.
Yo pado os pido de las falsas glorias
Que ávidos buscan los poetas hoy :
¡ No ! solo os pido que al oír mi acento
Resucite en vuestra alma el sentimiento.

Y olvidadme despues ; que yo no anhelo
Sino el placer del corazón sufrido
Que alza la vista sin rubor al cielo
Lleno del goce del deber cumplido ;
Y que cada ilusion, cada consuelo
Que broten de mis cantos al sonido,
Con una mano paternal y pia
Los cuente Dios sobre mi tumba un día.

LA HUMANIDAD

Del Egipto al través, lento y tranquilo
Y otras veces terrífico y rugiente
Se deslizaba majestuoso el Nilo
Desde el desierto hasta la mar hirviente;
Y á veces de sus márgenes el filo
Salvando vigorosa la corriente,
Se dilataba en el extenso llano
Como un nuevo y magnífico oceano.

De esa región los bárbaros señores
Un pueblo esclavo á contener pusieron
Bajo ardientes mortíferos calores
Las aguas poderosas que temieron.
Á precio de su sangre y sus dolores
Muros en ámbas márgenes hicieron,
Vastos diques, magníficos canales,
Y lagos en redor artificiales.

Él convirtió en praderas los pantanos
Con sus sudores fecundó la arena;
Brotaron monumentos de sus manos
Con que el mundo asombrado se enagena;
Por mausoleo de sus cien tiranos
Levantó las pirámides; y llena
Su vida de desprecio y de pesares,
Sucumbian sus hijos á millares!

En tanto, en opulencia y alegría
Gozaban los soberbios Faraones,
Y les daba la guerra cada día
Por siervas de su trono las naciones.
Al carro de oro el vencedor uncia
Los vencidos monarcas en prisiones,
Y en su marcha triunfal veía abiertas
Tebas feliz sus cien doradas puertas!

Mas receló el tirano de sus siervos,
Pueblo oprimido, pero grande y fuerte,
Y en sus designios viles y protervos
Todos los niños destinó á la muerte;
Que ni tantos dolores tan acerbos,
Ni la glacial esclavitud inerte
Que enerva el alma con su sopro helado,
Dejaron ese pueblo anonado.

Puso el temor entonces en las manos
La destructora y bárbara cuchilla,
Justicia en que se apoyan los tiranos
Á quienes dobla el mundo la rodilla!

Vi salir de verdugos inhumanos
En alta noche la feroz gavilla,
Y oyó todo el Egipto un alarido
Que en el desierto resonó perdido!

Mecía en tanto, al asomar la aurora,
Frágil cuna de mimbres la corriente:
Débil embarcacion en donde llora
Huérfano abandonado en voz doliente.
Junto á las aguas en la misma hora
Pálida, sollozando, el ojo ardiente,
Fijaba en ella una mujer, postrada
En los juncos del río, su mirada.

Bella como la flor que se despliega
Naciente al sopro de ligera brisa,
Suelto el cabello con que el aura juega,
Entreabierta la boca á la sonrisa,
Virgen hermosa desde Ménfis llega,
La blanda arena de la margen pisa,
Y otras vírgenes bellas, bulliciosas,
La siguen como errantes mariposas.

Una á su altiva virginal cabeza
Los negros rizos esparcidos ata,
Y otra inclinada á desceñirle empieza
La vestidura de luciente plata.
Medio desnuda la gentil belleza,
Vástago régio que el Egipto acata,
Toca las aguas con su planta y mira
La cuna donde el huérfano suspira.

Á su voz las hermosas se lanzaron
Á la tranquila y plácida corriente,
Y ufanas con afán se disputaron
La cuna en que gemía el inocente.
Mis ojos conmovidos las miraron
Como el grupo de cisnes de una fuente,
Y á pesar de sus voces y su canto
Vi humedecerse su pupila en llanto.

Á los piés de la bella soberana
Pusieron en tumulto su tesoro,
Y ella entre melancólica y ufana
Le sonreía, conteniendo el lloro.
Le contempló á la luz de la mañana,
Besó su frente, y en sus velos de oro
Ciñendo al pobre niño, se volvieron
Y en las calles de Ménfis se perdieron.

¡Madre feliz, alégrate! Esa cuna
Que abandonaste con sublime mano
Para salvar tu amor y tu fortuna,
Salva también el porvenir humano!
Dicha á la tuya igual no habrá ninguna
Durante largos siglos; y ora ufano
Puede mirar tu corazón tranquilo
Tu cuerpo herido en el zarzal del Nilo.

De la regia beldad al tierno amparo
La proscripción huyó de su cabeza:
Vivió por ella el prodigioso faro
Que mas alto encendió naturaleza.
De cuanto tiene de sublime y caro
La humanidad, acaso la belleza
Y el corazón de una mujer han sido
Los que al mundo la dádiva han traído.

Cuanto aprendió el Egipto del Oriente,
Y adivina una mente creadora:
Las tradiciones de esa esclava gente,
Raza del viejo Abraham, misera ahora:
Todo en el alma del mancebo ardiente,
Como el rayo en la nube se elabora,
Se reunió en su vasto pensamiento
Profundo como el mar y el firmamento.

En servidumbre y en dolor nacido,
Cuando cerca se halló de los tiranos,
Protector de su pueblo desvalido,
Tendió sobre él las generosas manos;
Que no pudieron en infame olvido
Hacerle abandonar á sus hermanos
El temor, la ambición ni el egoísmo...
¡Un noble corazón siempre es el mismo!

No temió del tirano la venganza
Ni del pueblo la antigua servidumbre,
Y avanzó á lo futuro su esperanza
Como águila que vuela hácia la cumbre.
Y venció poderosa en la balanza
De su fé la sublime pesadumbre,
Y cuando el pueblo víctima gemía,
Él, solo, meditaba y presentía!

Y dijo á Faraon: « El Dios que rige
Los mundos y los hombres, vé los males
Con que tu cetro inexorable aflige
Multitud tan inmensa de mortales.
Siervos en vano tu ambición elige:
Soberanos y siervos son iguales;
Que no ha de destruir fuerza ninguna
Lo que Dios igualó desde la cuna.

» Esos que oprimen tus injustas manos,
Infelices esclavos, son sus hijos;
Los hijos de Jacob son tus hermanos
Y el padre en tí tiene los ojos hijos.

Á precio de dolores inhumanos,
De trabajos inmensos y prolijos
¡Ellos, pobres, sin patria, enriquecieron
La tierra injusta en que á gemir vinieron!

» Ellos por tí sucumben en la guerra,
Multiplican tus grandes monumentos,
Y acreciendo los frutos de tu tierra,
Perecen de fatiga y de tormentos,
Y del tesoro que á tus piés se encierra,
Cuando los ves en lágrimas y hambrientos,
Les niegas una espiga y hasta un grano,
Tú que eres de esos miseros hermanos!

» Mañana acaso algún feliz guerrero,
Como tus padres en remotos días,
Vendrá del Asia; su implacable acero
Tu pompa acabará y tus alegrías.
Tu raza entonces al tirano fiero
Deberá de dolor horas sombrías,
Y al carro del extraño maldecido
Tú, Faraon, caminarás uncido.

» ¡Ten piedad! Ten piedad de los ancianos!
Ten piedad de los niños inocentes!
No desafíes con altivas manos
Las manos del Señor omnipotentes.
Vuelve la libertad á tus hermanos
Que en impía opresión doblan sus frentes,
Y aparta de tu cetro y de tu raza
La justicia de Dios que te amenaza!

» Ya encendido en su mano centellea
El rayo que á los cielos intimida,
Para que el mundo tu castigo vea
Cuando clames ¡piedad! con voz dolida.
No quieras que tu patria herida sea
Con todos los dolores de la vida
¡Y envidies á ese débil oprimido
Que igual á su tirano fué nacido!»

Miré al mancebo convertido en hombre
De solemne ademán grave y sencillo,
Y austera faz. Era Moisés su nombre.
Después del trono irse apagando el brillo,
Y aquella raza de tan gran renombre
De los siervos temblar ante el caudillo,
Y en medio de las plagas en que gime
Postrarse al pié del vengador sublime.

Después en las orillas del mar Rojo
Vi la doliente raza peregrina
Que de la servidumbre y el despojo
Salvó al impulso de una fé divina.
De sus huellas en pos, ciego de enojo,
Con sus guerreros Faraon camina,
Y ella al borde del mar mira á lo lejos
Relumbrar de sus armas los reflejos.

¡Nada temas! La mano poderosa
Que librar puede una nación esclava,
Como á un niño guiarla cariñosa,
Ó hacerla hervir como una ardiente lava;
Esa mano la furia procelosa
Puede abatir de la tormenta brava
Y en pos de nuevos y remotos lares
Abrir sendas en medio de los mares.

¡Mira! Su diestra Oceano extiende,
Que en su prision se agita turbulento:
De las olas el impetu suspende,
Vacilan, gimen, llegan sin aliento,
Su inmensa mole con fragor se hiende,
Y aparece el abismo; y el acento
Del augusto varon que al cielo invoca
La orilla de Asia el pueblo libre toca!

Ciego, al abismo Faraon se lanza,
De su insensata cólera guiado
Y el áureo carro á la cabeza avanza
De numeroso ejército escoltado;
Pero, el aliento de sus iras lanza
La justicia de Dios, y dilatado
Como una inmensa lápida en su fosa
Cubre el mar los tiranos y reposa!

¡Oh! tú, profundo y generoso anhelo
De libertad, á cuyo impulso ardiente
Jamás amparo faltará en el cielo
Que te grabó en el corazón naciente!
Por tí se aleja esa nación del suelo
Donde yacen sus padres, y al Oriente
Se lanza en busca de un asilo incierto
Á través de la mar y del desierto!

Sello inmortal de la grandeza humana:
Sagrado instinto que los hombres guías;
Tú eres el germen que dará mañana
Paz y ventura á nuestros breves días.
Ningun poder, ninguna ley tirana
Te harán morir: las bárbaras é impías
Sucumbirán á tu vigor fecundo
Y alguna vez renovarás el mundo.

Á LA MEMORIA DE ABRAHAN LINCOLN

En derredor del túmulo
Que tu ceniza encierra,
Contemplan hoy con lágrimas
Los pueblos de la tierra
La palma de los mártires
Dar sombra á tu ataúd;
Y en sus augustas páginas
Escribe ante él la historia
Tu nombre, como símbolo
De inmaculada gloria,

Entonces no habrá siervos y tiranos
Ni miserables, ricos y opulentos;
Ni en implacable guerra los hermanos
Irán en pos de la *Fortuna* hambrientos
La humanidad con sus robustas manos
Su aciaga esclavitud y sus tormentos
Trocará entonces por la patria nueva
Donde la sed de la igualdad la lleva.

De aquella ley ante la voz propicia
La herencia infame del primer delito
¡Y el cetro secular de la injusticia
Verán postrado su poder maldito!
Y el templo del amor que se desquicia
De las pasiones al odioso grito,
Dará bajo sus bóvedas, iguales
Sombra y abrigo á todos los mortales!

Esa es la ley que en la escarpada cumbre
Vestida de magnífica tormenta,
Contempla la viagera muchedumbre
Transida de pavor, muda y atenta.
De ardiente rayo á la encendida lumbre
Fulgura el Sinai con luz violenta,
Y el eco de un acento sobrehumano
Dice á Israel y al porvenir humano:

« Amarás á tu Dios. Su nombre en vano
No invocará jamás el lábio impío.
Tendrá reposo tu cansada mano
El día que Jehová llenó el vacío.
Al padre y á la madre y al anciano
Tributarás honor. Nunca en desvío
La verdad será puesta por tu lengua;
Ni de los otros buscarás la mengua.

» No verterás la sangre en tus furiosos.
No de torpes deseos arrastrado
Saciarás por la fuerza tus amores,
El bien ajeno no verás airado,
Y en el valle de penas y dolores
Donde vives, viajero desterrado,
Sin envidia, sin odio, ni egoísmo,
Cada hombre verás como á tí mismo.»

De aspiración benéfica
Y de inmortal virtud!

Ella dirá á los pósteros
Esa lección sublime
De un hijo de la América,
Cuyo poder redime
De esclavitud y lágrimas
Á tanto humano ser:
Y ante el piadoso espíritu

De ese glorioso ejemplo,
Consagrarán atónitos
Á tu virtud un templo,
Como á rival de Washington,
Los siglos por nacer.

De su brillante lábaro
De zonas y de estrellas
Quitaste á la república
La mancha con que en ellas
Vestigio de sus crímenes
Europa le legó,
Y las reliquias últimas
De su poder tirano
Borraste, cuando al impetu
De tu robusta mano
Ya para siempre inánime
La esclavitud se hundió.

Hoy las aciagas épocas
Que en el antiguo mundo
Prestan á algunos Césares
Su brillo moribundo,
Y una leyenda lúgubre
Nos dejan al partir:
De errores y de crímenes
Sinistro panorama,
Con el pasado lóbrego
Sepúltanse: y la llama
De libertad, sus ámbitos
Alumbra al porvenir.

Desde el remoto límite
Del Niágara rugiente,
Su resplandor magnífico
Bañando al continente,
Muestra á la grande América
La senda de su unión;
Y á las naciones miserables
Que oprimen hoy los reyes,
Enseña que en el código
De sus vetustas leyes,
Guerras y ruinas fúnebres
Todo el futuro son.

Aquí la ley, intérprete
De aquella ley divina
Que á un mismo y grande término
La humanidad destina,
La majestad ingénita
Dá al hombre donde quier.
Ni tronos hay, ni príncipes,
Á cuya voz tirana
Se inclina muda y trémula
La multitud villana;
Que igual á todos ábrese
La senda del poder.

Por eso, ilustre víctima,
Desde el oscuro seno
Del pueblo, como el águila

Que desafía al trueno,
Surgiste en vuelo rápido
Tu patria á presidir;
Y al estallar terrífica
La rebelión sangrienta;
Serenó ante las ráfagas
De la fatal tormenta,
Llegaste firme, intrépido,
Sus rayos á extinguir.

Jamás el cuadro bélico,
Donde la historia encierra
La huella de los crímenes
Mas grandes de la tierra,
Tan espantosa página
De sangre y luto vió.
Presa de horrible vértigo,
Volaba hacia el abismo
Tu patria, y fuiste el áncora
Que ya en el borde mismo
Salvándola, la América
Y el porvenir salvó!

Quedó otra vez incólume
La fábrica robusta
De esa nación libérrima
Que en majestad augusta
Protege el noble espíritu
Que la guió al nacer:
El héroe y el filósofo
Que libertó su suelo,
Y ora contigo en íntima
Unión habita el cielo,
Sobre esa patria inclinase
Su marcha á proteger.

Tú, salvador benéfico
De aquella raza triste
Que un tiempo esclava misera
Ya en libertad existe;
Tú, á quien debe sus lágrimas
Toda la humanidad,
Caiste ¡oh mengua! víctima
De una traidora mano
Para vergüenza eterna
Del corazón humano,
¡Y al cielo de los mártires
Subió tu majestad!

La majestad del ánima
Justa, veraz, piadosa,
Que en patriotismo fervido
Y en caridad rebosa;
Reflejo del espíritu
Del infinito ser.
¡Oh mártir! una súplica
Mi corazón te envía...
Que llegue para América,
Para mi patria, el día
De libertad pecífica,
¡Y alcánzelo yo á ver!

Á SOLAS

Á MI MADRE

¡Mi corazón rebosa de armonía!
Nadie sabe el aroma y la pureza
De esa olvidada flor que noche y día
De su rincón perfuma la meleza.
¡Ah! solo tú conoces, madre mía,
El tesoro de amor y de nobleza
Que con la amarga hiel de las congostas
Dios puso un día entre sus blancas hojas.

¿Por qué esta sed de amor y de ternura?
¿Por qué estos sueños de placer y calma?
¿Por qué, al mirar la ajena desventura,
Siento oprimada de dolor el alma?
¿Por qué, cuando contemplo la hermosura,
Pienso verla ceñida con la palma
De juventud, de amor y de consuelo,
Como estarán las vírgenes del cielo?

¿Por qué este vago, misterioso arrullo
Con que viene á adormirme la esperanza,
Como de agua y de hojas el murmullo
Que allá á lo lejos el viajero alcanza?
¿Por qué, al ver de los grandes el orgullo,
Ambicioso mi espíritu se lanza
Y hacer cenizas á sus plantas quiere
La mano vil que al desvalido hiere?

¡Ah! ¿Por qué tengo el corazón, Dios mío,
Tan lleno de ternura y de pesares,
Si ya no tienen en el mundo impío
Ni la virtud, ni el infortunio altares?
El cielo tiene luz, la flor rocío,
Y hasta las olas de los turbios mares
Visten de espumas el azul salobre....
Yo solo tengo lágrimas: ¡soy pobre!

Para encantar mi juventud no anhelo
Sino un poco de paz y de armonía,
De un noble amor el esmaltado cielo,
Y el cielo azul de la conciencia mía;
Tener para el que sufre algún consuelo
Dejar que lleve una limosna el día,
Y si lo quieres, voluntad sagrada,
¡Nunca me des sobre la tierra nada!

Pero tengo una madre! Para ella
Busco gloria, grandezas y ventura.
¡Ay! ha nacido tan sensible y bella,
Tan llena de piedad y de dulzura!

Del firmamento la mejor estrella,
De tus santas auroras la más pura,
Y hasta del mismo Edén el primer día
Por mi madre; Señor, no trocaría!

Blanca azucena lánguida y hermosa
Que en desierta llanura, solitaria,
Exhala de su cáliz amorosa
La esencia de una angélica plegaria.
Miró brotar en tarde nebulosa
De nuevos tallos muchedumbre varia,
Llenas las tiernas hojas de rocío,
Para agostarse al fuego del estío.

Y el ángel, de las tumbas centinela,
Le arrancó sus dos vástagos más bellos.
¡Madre! cuando el dolor te desconsuela
Lloras también de no llorar con ellos.
Tu corazón que acongojado vela
Está lleno de lágrimas: destellos
De placer y ventura ya no alcanza...
¿Quién te dará, aunque mienta, una esperanza?

Y yo siempre sediento de hermosura,
Ávido de pureza y melodía,
Pido luz á mi estrella y la hallo oscura,
¡Pido fuego á mi vida y la hallo fría!
Cuando tu labio trémulo murmura
Palabras de mortal melancolía
Y sobre mí te inclinas y sollozas
Y el corazón y el alma me destrozas;

Cuando en la noche, al resplandor incierto
Que en nuestro pobre hogar pálido brilla,
Por la zozobra de tus horas vierto
Lágrimas que me abrasan la mejilla,
Y hallo que está tu corazón despierto,
Y en la tierra posada tu rodilla,
En la imagen de Dios los ojos fijos,
Oras en baja voz junto á tus hijos:

¡Oh! la hiel toda del dolor me irrita,
Hierva sangre de fuego entre mis venas,
Y en la existencia, para mí maldita,
Cuento las horas de infortunio llenas.
¿Por qué, Dios mío, el corazón palpita
Y al infierno en que yace lo encadenas.
Si en él pusiste, por mi mal, más fuerte
La sed de la virtud que de la muerte?

Á FELIPE PARDO ALIAGA

Á ti, que en los dolores
Dás nuevo ejemplo de la amarga suerte
De los géneos mayores;
Á ti, cuya alma fuerte
La inspiración inunda
Que en tus risueñas creaciones brilla
Y eres como una flor que moribunda
Deja caer del cáliz la semilla;
Á ti, del patrio suelo
Solitario laurel, mi humilde canto
Mezclados lleva, admiración, cariño,
Votos por tu consuelo
Y unas gotas de llanto.

Tú sabes bien que cuando, pobre niño,
Buscaba yo con avidez profunda
La rica inspiración de fácil estro
Que tu géneo atesora,
Buscaba en tí maestro,
Al ver que en la sonrisa de tus cantos
El patriotismo llora
Los dolores más santos,
Mas, ¿quién pudiera como tú las galas?
¿Quién como tú podría
Hacer venir de la sublime esfera
Y traer al hogar la poesía,
Sin empañar siquiera
Su túnica de luz resplandeciente,
Ni ajar alguna rosa
De la guirnalda hermosa
Con que corona su divina frente?

Privilegio tan alto
No fué la dote de mi pobre número
Que ya de aliento falto
Plega las alas cuyas fuerzas pocas
En imponente ensayo se consumen;
No ya ilusiones locas
Y esperanzas de niño
Guien mi débil, inexperta mano:
Perdona á mi cariño
Si hoy el laud profano;

Más al mirar con dolorido anhelo
Tu sufrimiento largo,
Quiero dar un instante de consuelo
Á dolor tan amargo,
Y en mis acentos darte
La voz del corazón, no la del arte.

Vigor y lozanía
La herencia son de aquella edad risueña
Que en férvida alegría
Vive y adora y sueña,

Y á cuya sed de goce
Parece estrecho el cáliz de la vida
Y cuanto bien la humanidad conoce,
Fué en esa edad cuando el querer del cielo
Escogió enviarte el mensajero adusto
Que vino en tu dolencia;
Y acaso en hondo duelo
Juzgaste que era tu destino injusto
Viendo pura y sin mancha tu conciencia.
Los días y los años
No tuvieron piedad de tu infortunio,
Y acreció tus acerbos desengaños
El tiempo, tarde y lúgubre contigo
Que tan veloz para los otros vuela:
De tu esperanza el campo
Fué más y más estrecho,
Y hoy la amargura vela
Sentada junto al borde de tu lecho.

Más, entre tanto, mira
Tú, poeta, y filósofo y cristiano,
Como respeta ese dolor la lira
Que tienes en la mano:
Cómo de las pasiones te desprendes
De la humana miseria;
Y así más alta inspiración enciende
Que no empaña el vapor de la materia:
Como la noble abnegación te inspira
Que para hablar con inmortal acento
Y enseñar á los pósteros su nombre,
Debe tener la lira
Que Dios confía á la virtud del hombre!

Su piedad purifica
Tu ser con el dolor y la amargura;
Los goces sacrifica
De la materia impura
Que tu inmortal espíritu aprisiona
Y en ese largo padecer te explica
Que alguna vez en la celeste altura
Tendrás una corona.
En tanto piensa en los sublimes bienes
Que, en medio de dolores tan prolijos,
Para consuelo de tus días tienes.

Piensa en aquellos hijos
Ninguno en la desgracia sumergido,
Que no harán de rubor cubrir tu frente
Ni arrancar á tus labios un gemido!
Ellos, tu ejemplo seguirán, no dudes;
Y serán, si no en géneo tus iguales,
Iguales en virtudes.

Piensa en tus hijas, bellas
 A la vez que amorosas y leales,
 ¿No son acaso la mejor fortuna?
 No tienes á la esposa
 Que fué el ángel custodio de su cuna,
 Y acompañó tu desigual camino,
 Ya lo hiciera el destino,
 Venturoso ó contrario?
 ¡Ah! ¿cuál de todas ellas no sería
 Lo que la Irene un día
 Para el ciego y proscrito Belisario?
 ¡Cuánto mas feliz eres
 En medio de tus males
 Con el tesoro de su amor profundo

Que otros en los placeres
 Vacíos y sensuales,
 Que hacen palpar la vanidad del mundo!
 Gózate en esa dicha soberana
 Y el día de mañana
 Deja que el cuerpo á su dolor sucumba
 Si así lo quiere el cielo
 Que al levantarse el alma de la tumba,
 Nos dejará en el suelo
 De la virtud la inmaculada huella.
 Tu coronada lira
 Que hará mas alto de la patria el nombre.
 ¡Oh poeta, á que aspira
 De mas sublime el corazón del hombre!

RECUERDO

Eras entonces una hermosa niña
 Saliendo aun de la primera edad,
 Y te ví como un ángel de los cielos
 Que venia á mi triste soledad.

La encantadora paz de la inocencia
 Su luz vertía y su dulzura en tí,
 Y en tu pupila azul y transparente
 Todo era puro, seductor, feliz.

Era tu corazón para mi vida
 Una escena de ensueños y de amor
 Poblada con la sombra del misterio,
 Bañada con el hálito de Dios.

¡Te amaba con tan ciega idolatría!
 Fuiste para mi pobre juventud
 Inspiración, consuelo y esperanza,
 Música vaga y soñolienta luz.

Ni un día, ni una hora, ni un momento
 Se apartaban de tí, casta mujer,
 Las alas de mi espíritu embriagado
 Que contemplabas cariñosa ayer.

¿Ayer? ¡ah, no! Los días y los años
 Desde ese día se alejaron ya,
 Y en su huella implacable recogimos
 Flores y olvido tú: yo... soledad!

¡Cuánto tiempo ha pasado! Eternas noches
 De insomnio y fiebre y lágrimas por tí.
 ¡Pálidos días de silencio, y horas
 Tristes como la hora de morir!

Y ahora el alma indiferente al mundo
 Vive llorando su primer amor,
 ¡Mientras por todas partes la rodea
 El horizonte oscuro del dolor!

¡MADRE!

¡Madre! Si acaso, por desgracia mía,
 Mi esperanza de amor solo es un sueño,
 Si huye también el esperado día
 Que vierta en tí consolador beleño;
 Si el acerbo aguijón de la agonía
 Se llega á ser de mi existencia dueño,
 ¡Oh! no te acuerdes de mi pobre lira;
 Solo á tu Dios y á mis hermanos mira.

No te acuerdes de mí, que en mi pobreza
 Solo nací para llorar contigo.
 ¡Ay, del que ardiente juventud empieza
 Casi bajo el harapo del mendigo!

¡Madre infeliz! inclina la cabeza
 Sobre el sepulcro que te presta abrigo
 Y ante mis restos olvidados ora,
 Y al triste son de tus plegarias llora!

Mas, no: no vayas ¡llorarías tanto!
 Aunque tal vez al contemplarte el cielo
 Por recoger las gotas de tu llanto
 Viera emprender á un serafín el vuelo!
 ¡Si hay un Dios, es amor! ¡Oh, no me espanto
 De mostrarte mi amargo desconsuelo:
 Mi corazón es puro!... ¡madre mía,
 Dios al verte llorar perdonaría!

¿Cómo vivir, si en el dolor te miro
 Y está tu hermoso corazón enfermo?
 ¿Cómo vivir, si á mi pesar deliro
 Por una flor para encantar mi yermo?
 ¡Por tí, por ella, al despertar suspiro:
 ¡Sueño en las dos si fatigado duermo.....
 Tu dicha y tu beldad son el tormento
 Que entrega el cáliz de mi vida al viento!

Tú no sabes cuán hondo es el abismo
 Que una esperanza marchitada deja!
 Fatiga al hombre el peso de sí mismo,
 Todo su corazón es una queja;
 Alza un altar de cieno al egoísmo,
 De sí la imagen de su Dios aleja,
 Y si alguna virtud queda en su alma,
 Pide á la muerte la perdida calma.

Mi vida es como el huérfano que llora
 Niño y temblando su perdido amparo,
 Que si un alivio sollozando implora
 Su voz no escucha el corazón avaro.
 ¡Cuán caras las migajas que atesora!
 ¡Su miserable porvenir cuán caro!
 ¿Quereis que viva, ¡pobre madre mía!
 Si ha de abreviar la muerte su agonía?

Mas ¡ah! perdona; ¡viviré contigo
 Para enjugar tus lágrimas siquiera!
 Seré tu pobre, pero fiel amigo;
 Tú serás mi amorosa compañera.
 ¡No, no quiero morir! sombra y abrigo
 Me dejará tu lágrima postrera:
 Despues ¡oh madre! remontando el vuelo
 Te seguiré desde el sepulcro al cielo!

EL LACONISMO DE LA POESIA

Hay una faz del manantial de vida
 Que allá en el cielo misterioso mana,
 Y en mil variadas formas esparcida
 Anima el campo de la vida humana.
 Siempre algun noble sentimiento anida
 Siempre alguna belleza le engalana:
 Como un raudal azul y transparente
 Suele de espuma coronar su frente.

Mas, esta seductora vestidura
 Tanto mas embellece y la contempla,
 Cuanto menos disfraza su hermosura:
 Pide un velo su faz, no una careta.
 La poesía es la centella pura,
 Que revela el artista, ó el poeta;
 Pero, que mas á nuestros ojos brilla
 Al través de la forma mas sencilla.

La mas pura y hermosa poesía
 ¿No es el amor? Recordad bien su idioma:
 Su mas divino acento y armonía
 Del labio mudo y del suspiro toma.

La mirada de ardiente simpatía,
 La lágrima que al párpado se asoma,
 ¿No dicen mas que los mas dulces nombres
 Del idioma parlero de los hombres?

Ved cuán breve y sencilla es la elocuencia
 De aquella acción que la piedad inspira,
 Y alarga á la horfandad y la indignancia
 La mano que en la dádiva se mira.
 ¿Creeis acaso que podrá la ciencia,
 Ni del poeta la inspirada lira
 Forma tan bella imaginar un día
 Para adornar tan noble poesía?

¡Ah, no! La forma al sentimiento apaga
 Si no es un velo transparente y leve
 Como ese tul que delicado vaga
 Y de la luna en derredor se mueve;
 En vano el canto del poeta alhaga
 Si el corazón y el alma no conmueve;
 Si convirtiendo en un telón el velo
 Oculta el astro en la mitad del cielo.

EN UN ALBUM

Hay un recuerdo en la memoria mía
 Que ya en la tuya se borró tal vez:
 Recuerdo que mi espíritu extasia
 Como fugaz y lánguida armonía,
 Como aurora de suave brillantez.

Es la historia de ayer: de nuestra infancia
 Llena de sueños, de ventura y paz:
 Marchita flor, perdida en la distancia,

Pero que aun envía en su fragancia
 ¡Ilusiones, consuelos y solaz!

¡Fueron tan bellas para mí sus horas;
 Tan llenas de dulzura y de ilusión!
 Tú, serena y feliz, tú no las lloras,
 Que en el alma otras dichas atesoras:
 Ellas la mía en mi infortunio son.

Aquellos días de placer pasaron
Dejándote placer y juventud.
¡Ay! cuando entonces para mí volaron,
Juventud y dolores me dejaron
Y el estéril acento del laud!

Mas quiera el cielo que en tu pura frente
No haya una sombra de dolor jamás;
¡Qué nunca una lágrima ferviente

Venga á enturbiar la límpida corriente
Donde arrullada por tus sueños vas!

¡Y si hoy el mundo amiga nos aleja;
Si yo soy la maleza y tú la flor,
No exhalarán mis labios una queja :
Solo la suerte un sinsabor me deja,
No ser para cantarte ruiseñor!

MANUEL GONZALEZ PRADA

Nacido en Lima en 1844, hizo sus primeros estudios en un colegio inglés en Valparaiso, de donde marchó á su ciudad natal para seguir el curso de jurisprudencia en el colegio de San Carlos.

Gonzalez Prada lo abandonó pronto, porque simpátizaba bien poco con las penosas y frias tareas del estudio de las leyes, que tan mal se avenían con su carácter.

Poeta por sentimiento, ha escrito cuanto ha sentido, y ha escrito para dar pábulo á su corazón, sin ir en busca de la aura popular, sin lanzar sus obras á la publicidad, tras un aplauso ó una felicitación.

Hay un dato que nos es enteramente personal, y que es el mejor para apreciar debidamente á Gonzalez Prada. Cuando solicitamos de él, junto con algunas producciones suyas, algunos apuntes biográficos, se ofreció gustoso a acceder á nuestros deseos. Su biografía era muy corta; estaba concebida en estas palabras: « Nací en Lima. Son mis padres Francisco Gonzalez Prada y Josefa Ulloa. » Sin que nadie crea que exageramos, podemos concluir estos rasgos biográficos, asegurando que como poeta es tan bueno y simpático como lo es como hombre.

SOLEDAD

Ya, de este bosque en la mansion serena
Y soledad tranquila
Mana en copiosa vena,
Llanto de amor que en mi pesar profundo
Á las miradas oculté del mundo.

De la mudable sociedad insana
El pasajero aplauso
Huyo y la gloria vana;
Y en el mar proceloso de la vida
Eres mi puesto, soledad querida.

Tórtolas de la selva moradoras,
Céfiro enamorado,
Corrientes bullidoras,
Confíad al eco el fúnebre gemido
De un desdichado corazón herido.

Reparo dulce á mi fatiga seas,
Encina de años ciento
Que el bosque señoreas;
Y refrescad mi enardecida frente,
Diáfanas ondas de la fresca fuente.

Memorias tristes de dolor impío,
En rápida corrida
Huid del pecho mio :
Beber anhela el corazón ansioso
Las aguas del olvido y del reposo.

¿Por qué, ni aquí, de lisonjera calma
Disfrutan ¡ay! un punto
El corazón y el alma?...
Amor tirano, que tenaz me hostigas,
No en la callada soledad me sigas.

Amor, que al orbe de tu red hiciste
Sumiso prisionero,
Á Dioses y hombres fuiste
Colmada copa de sabroso almíbar,
Y vaso á mí de emponzoñado acíbar,

Á mí, que fiel y en ansiedad ardiente,
De tus aras en torno,
Gemía reverente,
Me diste solo roedor quebranto,
Noches eternas de zozobra y llanto.

Beldad, que al fino corazón amante,
Indómita rehuyes,
Dó quiera que yo errante
La planta lleve en presuroso giro,
Tu voz escucho y tu semblanza miro ;

Que al eco blando de tu voz sonora
Remeda en torno mio
La brisa gemidora,
Y á tu semblanza peregrina miente
La linfa de los ríos transparente.